



En defensa de los políticos

S upongo que al escribir esto voy a contracorriente. Pero alguien tiene que tratar de aclarar las aguas turbias que lleva esta corriente. Durante la dictadura no había más que un político: el general Franco. Él decidía todo, y sus ministros y los miembros de las Cortes eran como un coro de monaguillos que tocaban la campanilla cuando el dictador abría la boca y ponían el sello de su inquebrantable adhesión a todo lo que proponía.

El que haya algunos políticos corruptos, inútiles o completamente reprobables no debe quitar la confianza en un cuerpo de personas que llevan el país adelante

Franco quitaba y ponía ministros y otros cargos a su antojo, sin consideraciones de la responsabilidad que tuvieran (porque no tenían ninguna). Él era el responsable de todo y no se podía quitar en caso de error. Cambiaba ministros para empujar a la primera fila a tal o cual asociación o grupo de presión (siempre tímida y relativa) dentro del régimen (falangistas, monárquicos, requetés, opus-deístas, moderados, matones, etc.). Ni se los conocía ni tenían importancia en la vida de las gentes. Por eso tampoco se los criticaba mucho.

LUIS DE SEBASTIÁN

luis.debastian@esade.edu

Profesor honorario del departamento de Economía, Máster Sc. en Economía en la London School of Economics y doctor en Ciencias Políticas por la UHE, Ginebra. Fue economista del Banco Interamericano de Desarrollo en Washington. Ha publicado diversos libros, artículos en revistas de divulgación económica y en la prensa.

El hecho de que ahora haya políticos, con responsabilidades reales y cargos, si no elegidos directamente, sí indirectamente por la elección popular de sus partidos para gobernar, es un gran adelanto. Los políticos son necesarios en la democracia, como lo son los partidos que los cobijan, los promueven y les proporcionan cargos en la Administración. Harán mejor o peor su tarea, pero sin ellos habría un enorme vacío de poder, y faltaría una correa de transmisión entre el máximo mandatario y el pueblo. A lo peor serían un mal necesario. Pero tampoco la cosa es tan grave. La mayor parte de los políticos, que han entrado en la carrera de los cargos, para realizar sus aspiraciones filosóficas, políticas, de prestigio social y económicas, realizan bien sus funciones y contribuyen a que este país vaya prosperando, civilizándose, madurando y sea cada vez más atractivo. Sin ellos, no estaríamos donde estamos. El que haya algunos políticos corruptos, inútiles, soberbios, desagradables o completamente reprobables no debe quitar la confianza en un cuerpo de personas que llevan el país adelante. El proceso de depuración y regeneración de los políticos debe ser constante para separar las frutas podridas de la mayoría sana. Los procesos democráticos se deben encargar de ello.

Muchos de los que critican a los políticos en realidad no quisieran que hubiera políticos, sino un solo político, como antes, y una turba de seguidores, aplaudidores y sirvientes despolitizados, que acepten sin rechistar lo que dicte el jefe. Definitivamente estamos mejor como estamos, aunque contemos con algunos políticos ineptos y otros corruptos. Y, si discuten mucho, lo mejor es taparse los oídos y juzgarlos por lo que hacen, no por lo que dicen.

